



VII

Algunos oficiales jugaban al dominó en el único café de la villa, y otros paseaban en la plaza, bajo los arcos del palacio de Redín. Era la plaza grande y silenciosa, con una iglesia y un parador. De tiempo en tiempo pasaba sobre el silencio el vuelo de las campanas. Un capitán de cazadores, pesado y corpulento, con la ceniza del cigarro esparcida por la barba, salió del café muy sofocado, abrochándose el capote, y se acercó á dos oficiales que discutían:

LA GUERRA CARLISTA

—¿Qué hay, caballeros? ¿Se sabe si vamos á dormir mucho tiempo en este maldito pueblo?

Alzó los hombros, muy desdeñoso, el más alto de los dos oficiales, un buen mozo que lucía sobre el dormán de los húsares la venera de Santiago:

—Eso nadie lo sabe. Dependerá de lo que hagan los carlistas. Lo de siempre... Ellos nos llevan y nos traen...

Interrumpió el otro oficial, que era alférez abanderado de Numancia:

—Yo creo que les atacaremos antes de mucho tiempo ¿Usted qué opina, mi capitán?

—Que eso debió hacerse ayer. Hoy pueden ocurrir dos cosas...

El capitán se detuvo, tascando con rabia su cigarro apagado. Viéndole pensativo, el húsar santiaguista le interrogó con una sombra de burla:

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—¿Dos cosas, ó tres?

El capitán sacudióse la ceniza de la barba:

—No sé... Estaba con otra duda... ¿Tú has visto barajar á ese teniente andaluz? Yo creo que las amarra.

El húsar rió alegremente:

—¡Habrá que pedirle lecciones! ¿De modo que te has dejado robar?

El capitán, siempre tascando el cigarro, golpeaba la piedra del yesquero con el eslabón:

—No me tengas lástima, niño. Ya hallaré el desquite... A los tramposos se les gana mejor en cuanto se les conoce la trampa.

El alférez abanderado cambió una mirada risueña con el húsar:

—Me parece que será tarde el desquite, mi capitán.

LA GUERRA CARLISTA

—Esta noche hallaré quien me preste. ¿Si es por eso?...

—No, no es por eso, mi capitán.

—Entonces, usted dirá, señor alférez.

—Ese teniente está destinado al batallón de Alcolea.

Y afirmó el húsar:

—Esta tarde sale para Tolosa. Nosotros le hemos visto tomar bagaje, querido García.

El capitán los miró frunciendo el ceño:

—¿Estáis de broma?... ¡Bueno, pues que se lo lleve todo el demonio! Lo malo será que permanezcamos aquí hasta criar mohó.

El alférez se impacientó:

—No, no es posible que dejemos de atacar al Cura. Hay confianzas de la gente que tiene...

¡Apenas cien hombres!

Oyéndole, el capitán movía la cabeza:

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—No creo en los confidentes. Si han dicho cien hombres, serán mil. De atacarle, debió ser sobre la marcha.

El húsar le puso una mano sobre el hombro:

—Ya nos dijiste que ahora pueden ocurrir cinco cosas. Pero te has callado cuales sean.

—Dos he dicho, niño. A mí con burlas, no. Una, que cuando llegemos se lo haya tragado la tierra: Otra, que tenga noticia de nuestro movimiento, y nos sorprenda en el camino eligiendo el sitio, bien atrincherado...

Interrumpió el alférez:

—Le atacáramos, mi capitán.

—Y nos costaría muchas bajas... Para nada, porque al final se lo tragaría el monte.

El húsar sonrió cínicamente:

—Es posible que no le atacásemos... Después

LA GUERRA CARLISTA

del paseo nos volveríamos acá cubiertos de gloria...

El capitán tiró el cigarro y lo pisó:

—¡Es posible! ¡Es posible!...

Continuó el húsar en el mismo tono:

—Veo que conocemos la guerra. Cuando tú llegaste, discutía eso mismo con el alférez Alaminos. Atacaremos á los carlistas. Pero no será para vencerlos, sino para justificar una propuesta de recompensas.

Hablaba sin despecho, con un cinismo sonriente, orgulloso de poder decir aquellas audacias que el capitán, un veterano amargado y lleno de deudas, oía en silencio, manoseando la barba. Se cruzaron con dos coroneles que también mataban el tiempo paseando bajo los porches, y el alférez, porque le oyesen, levantó la voz, sacando el pecho con aire fanfarrón:

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—El Duque de Ordax no debía hablar así, permíteme que te lo diga. Nuestro honor es el honor del Ejército...

El otro apenas hizo caso:

—¡Bah!... Palabras de arenga.

—Yo puedo asegurarte que no espero ninguna recompensa... Si la obtuviese, sería por haberla ganado.

El húsar le hincó los ojos que tenían una mirada clara y burlona:

—Yo, en cambio, la espero. La Duquesa de la Torre se lo tiene prometido á mi madre.

—Vuelvo á decirte que no debías hablar así. ¡Es un insulto que lanzas sobre todos nosotros!

El Duque de Ordax frunció las cejas un momento, y luego se echó á reír:

—Eres tonto, querido.

Y le volvió la espalda, entrándose al café. El

LA GUERRA CARLISTA

capitán y el alférez se miraron. El abanderado con una interrogación muda, el otro sonriendo paternal:

—Acabaremos teniendo una cuestión seria.

—No sea usted chaval, alférez Alaminos.



VIII

El Duque de Ordax tomó asiento cerca de una ventana, y como los otros continuaban bajo los porches, tocó en los cristales y los llamó con la mano. El capitán y el alférez entraron. Alaminos tenía un gesto de reserva pueril. Viéndoles llegar, el húsar murmuró con gran sencillez:

—Fuera hace demasiado frío, caballeros.

El capitán arrastró una silla:

—¡Eres un demoledor!

LA GUERRA CARLISTA

Y dió á sus palabras ese énfasis que dan los predicadores á las sentencias latinas. El Duque murmuró con cierto empaque de antigua nobleza:

—¡Dejemos eso!...

Y puso su mano enguantada sobre el hombro del alférez, que sonrió forzosamente, atusándose el bozo, apenas una sombra de humo sobre su boca que tenía el carmin de una boca de mujer. El capitán hundía las manos en los bolsillos de su pantalón:

—¡Jorge, que los mozos conserven sus ilusiones!

Alaminos los miró friamente:

—¿No negarán ustedes que hay oficiales valientes y que se batan?

Alzó los hombros el húsar:

—Cierto. Uno soy yo... ¿Pero á qué viene eso?

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

El capitán reía, soplándose la barba:

—¡Eres un demoleedor!

El Duque le miró con lástima:

—¡Pero tú tienes que estar de acuerdo conmigo!

—¡Hombre, tanto como de acuerdo!

—Tienes cien cruces, cien medallas y cien años de capitán. ¿Tú eres capitán desde la guerra de Africa?

—No, desde antes. Allí gané una laureada. El grado lo gané por haberme sublevado en Vicálvaro.

El Duque de Ordax y el alférez abanderado rieron ante la buena fe del veterano. En este tiempo se acercó á la mesa una vieja encorvada, vestida con hábito de estameña:

—¿Qué desean, señores militares?

El capitán se volvió al húsar:

LA GUERRA CARLISTA

—¿Tú convidas, Duque?

El otro afirmó con la cabeza, y la vieja se puso á limpiar el mármol:

—Como se han ido los mutiles, tienen, pues, que dispensar el servicio malo. Somos acá solicas las mujeres.

El capitán interrumpió:

—¿No quedaba ayer, todavía, un mozo?

—Cuando cerramos pidió su cuenta, y en la misma noche se fué.

—¿A los carlistas?

—¡Pues qué hacer! Él andaba rehacio, pero desde el caserío vinieron los padres suyos y lo decidieron. Lloraban los pobrecicos porque ya son tres las prendas que tienen en la guerra.

Fruncido el delicado entrecejo de damisela, descargó un puñetazo sobre la mesa el alférez Alaminos:

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—¡Esos padres merecían ser fusilados!

Replicó la vieja con gran energía:

—¿Por qué? ¿No sabéis vosotros otra canción mejor que esa? ¡Virgen, que tengo priesa y no mandáis!

El Duque se distraía avizorando la plaza, ocupado en cambiar guiños y sonrisas con una muchacha que, de tiempo en tiempo, asomaba en el gran balcón saledizo que tenía el parador. Al apremio de la vieja, el capitán le tocó con el sable:

—¿Qué tomamos?

El Duque volvió la cabeza, con gesto lleno de indiferencia y luego continuó mirando á la moza. Un momento quedó el capitán en grave meditación:

—¿Señor alférez, qué diría usted si encendiésemos luminarias?

LA GUERRA CARLISTA

El alférez repitió sin comprender:

—¿Luminarias?

—¡Con ron!

—¡Admirable, mi capitán!

La viejecita correteó por entre las mesas para servirles. El Duque continuaba enviando sonrisas al balcón del parador, y el capitán encargóse de hacer el ponche. Sentado enfrente, el alférez contemplaba aquellas llamas de humorismo y de quimera con una obstinación dolorosa:

—¡Yo había soñado ser general!

El veterano esbozó una sonrisa de león cansado:

—¡Todos, cuando jóvenes, hemos tenido el mismo sueño!

Volvieron á quedar silenciosos, y en el fondo de sus pupilas temblaba la llama azul del pon-

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

che como el final de aquellos sueños. El alférez interrogó con un gesto vago:

—¿Usted está resignado, mi capitán?

—¡Hace mucho tiempo!

—No lo comprendo... Yo dejaría de batirme.

El Duque de Ordax les dirigió una mirada burlona:

—¿Por qué se baten los carlistas?

Y el alférez respondió secamente:

—No sé. Nunca he sido carlista.

Afirmó el capitán, poniéndose una mano en el pecho, semejante á un santo resplandeciente de candor y de fe:

—Yo me bato como el soldado, por el honor de mi bandera.

Insistió el alférez Alaminos:

—El soldado, si lo dejasen, tiraría el fusil y se volvería á su casa.

LA GUERRA CARLISTA

El capitán enrojeció:

—No todos. Yo he sido soldado, y también me bati por mis ideas.

Interrogó el Duque:

—¿Qué ideas eran las tuyas, García?

Se puso en pie el veterano. La ola de su barba derramábase sobre el pecho y le tocaba los hombros. Parecía el gigantesco San Cristóbal:

—¡Las ideas de la libertad y del progreso!

Se habían extinguido las llamas del ponche, y el veterano, aprovechando estar en pie, llenó los vasos. Los tres bebieron, chocando el cristal, y el alférez levantó su vaso sobre los otros:

—¡Por el ascenso de nuestro amigo el noble Duque de Ordax!

Y era terrible la expresión rencorosa y envidiosa de aquellos ojos azules, casi infantiles. El capitán volvió á beber:

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—¡Por la República!

Los otros sonrieron vagamente, sin mirarse. Y cuando el capitán posó el vaso en la mesa, haciendo sonar el cristal, comentó burlescamente el Duque:

—Hubiera sido mejor un responso que un brindis.

El alférez dejó ver sus dientes blancos:

—Mi capitán, ahora debe brindarse por el hijo de Doña Isabel. ¿Verdad, Jorge?

—No sé.

—¿Tú no sabes?...

Una risa solapada corría por su voz, y el veterano, con su gesto plácido, desaprobaba moviendo la cabeza. En esto vió entrar á un oficial de cazadores y le llamó lleno de cordialidad:

—Teniente Velasco, venga usted á beber con nosotros.

LA GUERRA CARLISTA

El oficial saludó llevándose la mano á la visera del ros enfundado de hule:

—Hacen ustedes bien en tomar ánimos. Está ya decidido que salgamos en persecución del Cura.

Interrogó Alaminos:

—¿Se sabe cuándo?

—Mañana tal vez... Pero solamente fuerzas de Infantería.

El Duque de Ordax apuró el último sorbo y se puso en pie:

—¿Qué fuerzas de Infantería?

—Ontoria y Arapiles.

—Voy á solicitar permiso para ir con ustedes. Aquí me aburro demasiado. Hasta luego.

Saludó militarmente y salió á la plaza arrastrando el sable. El alférez sonrió con despecho:

—¡Qué farsante!

EL RESPLANDOR DE LA HOGUERA

—¡Un buen chico! No olvidemos que nos ha convidado, alférez Alaminos.

Y el veterano volvió á llenar los vasos con las mejillas resplandecientes y una llama dulce y expansiva en los ojos:

—¡Beba usted, teniente Velasco!... ¿Se sabe dónde está el Cura?

—Las confidencias le daban en Astigar...

—¡Saldrá mentira!

—¡Y tan mentira!... Ya se dice que fusiló al destacamento que teníamos en San Paúl.

—Pues no se anda ese camino en una noche. ¡Lo conozco bien!

Interrogó el alférez:

—¿Pero está confirmada la noticia?

—La noticia del fusilamiento aún no está confirmada definitivamente. Lo único que se sabe con certeza es la defensa heroica que han hecho

LA GUERRA CARLISTA

los nuestros. El Cura tenía más de dos mil hombres, y los sorprendió dormidos. Esta mañana llegó un soldado cubierto de heridas.

—¿Y los otros?

—Se teme que hayan caído prisioneros.

El capitán suspiró:

—¡Pues no me extrañaría que hubiesen sido bárbaramente inmolados!

Comenzaban á tocar las cornetas en la plaza.



IX

El Mariscal de Campo Don Enrique España había entrado en la antigua villa agramontesa como en un campamento de moros, desplegadas las banderas, sonantes los tambores, la soldadesca hambrienta y desmandada, soberana y soberbia. Los sargentos veteranos jaleaban á bisonos que, por cobrar fama, se mostraban audaces y rompían filas, entrándose á las casas, abrazando á las mozas, sacando afuera las herradas llenas de vino... Por castigar á la villa